

Reflexiones fáciles desde las Ermitas

Ir a las ermitas de Córdoba y no recitar por el camino alguno de los versos de Antonio Fernández Grilo, equivale a herir el ritual. En el interior del coche han sonado una vez más:

«Hay de mi alegre sierra
sobre las lomas,
unas casitas blancas
como palomas.

.
Muy alta está la cumbre.
la cruz muy alta;
para llegar al cielo
¡cuán poco falta!»

Arriba el sosiego y la paz. Nosotros, los visitantes y curiosos, quisiéramos arriba la soledad y el silencio absolutos. Somos egoístas. Miramos esquivamente a otras caravanas que se nos han anticipado, porque vamos a estar hartos espesos; así que preferimos esperar a que se alejen para gozar a solas del recóndito paraje. Entretanto nos sentamos en la terraza del gran monumento consagrado al Corazón de Jesús, y hasta ocupamos el «sillón del Obispo», más cómodo y eminente, para contemplar la campiña de Córdoba, que, como un tapiz de verde y oro tostado, se extiende a nuestros pies.

Al fin las caravanas se van y nos quedamos con un par de amigos. Es bastante; no nos estorbamos.

Ciérrase tras de nosotros el portalón que lleva a las ermitas y nos dirigimos por el caminito, marginado de cipreses, que conduce a la capilla. Estamos en la cumbre de la sierra, donde todo es «soledad sonora» y grave recogimiento. Entre manchitas de pinos se destaca la blancura del eremitorio. Un ermitaño de barbas blancas y pesada cogulla nos sale al paso. Apenas nos saluda y echa a andar delante de nosotros. Procuro apurar todo el encanto del momento y vienen a mi memoria los dos versos que el monje grabó con sus manos en una columna del claustro de Rávena:

«O magna solitudo!
O sola magnitudo!

En los montes de Armenia existe otro eremitorio donde los monacos viven en rotunda soledad. Cada uno ocupa su choza y no se relaciona con los otros. Recuerdan a los antiguos esenios y sólo se alimentan de hierbas y agua; la devoción hace el resto. Cuando uno se muere, muere a solas, ignorado de los demás. Un día asciende a la montaña otro desengañado del mundo que quiere entregarse a la contemplación. Recorre las chozas. Sobre un camastro de hierbas secas encuentra un cadáver, tal vez descompuesto, tal vez momificado. Abre una fosa, lo entierra y pasa a ocupar su lugar. Nadie se entera; morirá otro día y será reemplazado de la misma manera.

Así vivieron los ermitaños de Córdoba hasta hace algunos años; pero ahora hacen vida de comunidad en el refectorio y en la capilla.

El que ahora nos acompaña nos conduce a ésta. Posee no pocos tesoros artísticos; cuadros, tablas, tallas, calvarios... Su mayor orgullo reside en los diversos relicarios que guarda en los altares.

Salimos; por todas partes el recuerdo de la muerte. Calaveras aquí y allá que os contemplan a través de sus órbitas descarnadas, y los consabidos versos:

«Me he visto como tú eres:
te verás como yo soy.
Medita», etc.

¡Dios mío! Pero ¿se puede meditar en todo eso cuando ahí mismo, al alcance de la mano como quien dice, está la maravilla de Córdoba, blanca entre la policromía jocunda de sus parques y jardines; cuando desde las terrazas magníficas de la Arruzafa—mazorcos de rosas y esbeltos palmerales—nos llega el rasgueo de las guitarras y la copla arrogante de las bulerías?

Verdaderamente, las ermitas no son culpables. Vense invadidas y no pueden alejarse más allá. Un día estarán rodeadas de chalets de lujo, los solitarios se morirán y... «sic transit...»

—¿Son muchos?—le pregunto a uno de mis amigos.

—No—me contesta—. Ciertamente se ignora, pero acaso no lleguen a diez.

—¿Viejos?

—Todos. Los que yo conozco, como este que nos acompaña.

—Y ¿no se reemplazan?

—Parece que no se despiertan vocaciones.

—Pues lo que a uno se le ocurre, visto el desarrollo de las co-

sas de esta mísera tierra redonda y achatada por algo más que por los polos, es que debiera acontecer lo contrario. Nunca la vida humana ha valido menos que hoy. Cuatro hombres, no más que cuatro, disponen a su antojo de doscientos mil millones de hombres que pueblan el Planeta. En realidad, metido uno cualquiera, usted o yo, en medio de esta balumba gregaria, nada somos. En cambio, aislado, usted o yo, en esta soledad, renunciando a todo para poseer todo, puede uno considerarse señor del universo. Cuando uno es dueño de sí mismo ¿qué pueden quitarle?

—Cierto. Pero ¿por qué no se aísla usted?

—Porque no soy senequista; es decir, cordobés. Por algo estas ermitas están en Córdoba y no en Navarra. Mire usted: la tragedia de nuestro tiempo es la misma que suscitó Dostoiewski en su famosa «Leyenda del gran inquisidor». Lo que al hombre le aterra no es ni más ni menos que su libertad. Por ella se han realizado heroísmos incomprensibles y crímenes espantosos, y luego que la ha conquistado no ha sabido qué hacer de ella; es más, le ha pesado como un fardo insoportable. Por eso el hombre no cesa hasta encontrar a aquel a cuyos pies quiere depositarla. A la postre, el hombre quiere obedecer siempre, pero ¿a quién, Señor? Ese es el problema. Yo creo que estos ermitaños, senequistas sin saberlo, han acertado.

Hemos entrado en una de las ermitas, un pobre camastro de tablas con una manta, una hornacina con un cromo piadoso, una cruz, un libro de oraciones y una cocinita que no se enciende. Al lado, un cementerio con grueso tapial, estantería de cadáveres y dos cráneos humanos asomando por sendas rendijas.

No ha aparecido ningún otro ermitaño; pero el que nos guía nos ruega que abreviemos la visita porque pronto la campana de la capilla hará su llamada a la oración colectiva en las naves del templo.

¿Son sacerdotes?

—No; tienen un capellán que les dice misa y les acompaña en los oficios divinos.

Era la hora del atardecer, y el sol, acompañado de celajes lívidos, se perdía detrás de las últimas montañas de la sierra. Abrióse el portalón y salimos... al mundo. Una carretera de cornisa, abierta a media ladera, equivalía a un ancho balcón sobre la llanura. Córdoba se vestía de puntitos de luz.

Llegamos a la Arruzafa, donde continuaban el rasgueo de las

guitarras y el brío de las coplas. Sobre el tablado, una gitana, «la Pastora», movía cadenciosamente las caderas al revuelo de la falda. Sus tacones marcaban tercamente el «tatatá», los cuatro golpes fatales con que Beethoven inicia su «Quinta sinfonía». ¿Sabe usted?—me decía hace años Roso de Luna.—«Es la llamada de la muerte».

Es verdad. Las ermitas, el taconeo de la gitana... Todo es uno y lo mismo.

Antonio J. Onieva.

(«Madrid», 4 Julio 1946)

